

## *En mis manos*

La ansiedad empaña mis gafas en forma de vaho y las luces de los coches me observan difusas en halos de arcoíris. Con mis pantalones bañados en lluvia, camino renqueante entre baldosines resbaladizos. Cargo la mochila, la fiambarrera y el paraguas como lastres, pero estos no pesan más que el cansancio que me conduce derrotada hacia el hospital.

Nueve de la mañana. El sudor frío se desliza gota a gota desde mi nuca por mi espina dorsal y el contraste térmico entre la gélida calle y el calor del vestíbulo me produce cierto sofoco. Me armo de la poca paciencia que me queda y espero, junto a una larga cola de pacientes, al diminuto ascensor.

En el vestuario me pongo la bata mientras me pregunto en qué momento me he convertido en un autómatas que se mueve a base de estímulos estresantes. Esta semana tengo muchas evaluaciones continuas, rotando todos los días y con clases obligatorias, por no hablar de los talleres. Estoy al borde del colapso mental, pero aún fuerzas para salir de allí y buscar a la doctora Martí.

La encuentro en la planta de hospitalización de medicina interna, en la sala de ordenadores.

-Buenos días, doctora.

- ¡Buenos días! Qué bien que ya estés aquí. -Ella sonrío tendiéndome unos papeles. -Tenemos un nuevo ingreso, una paciente de 91 años. Toda tuya, cuando acabes vienes y me cuentas.

Tomo el informe de urgencias entre mis manos y asumo la responsabilidad de hacerle la primera historia clínica. En la primera página leo el nombre y el motivo de ingreso: Lourdes, fiebre y dolor abdominal en el hipocondrio derecho.

Llevo años rotando con la doctora Martí y gracias a ella mi cabeza sabe ordenar de manera sistemática las preguntas que debo hacerle, además de la anamnesis dirigida de acuerdo con su patología y la exploración física pertinente.

Llamo a la puerta y entro sin esperar respuesta. Me presento, pero nadie parece escuchar, pues solo el sonido de los quejidos y el forcejeo llenan la habitación. El olor a gel hidroalcohólico impregna el aire y ahora también mis manos, que se contraen al irritarse los eccemas.

Una enfermera le saca sangre a la paciente. Cuando el hombre situado a los pies de su cama (quien asumo que es su hijo) se percató de mi presencia se le ilumina la mirada, de la forma en la que solo la visión de una bata blanca puede hacerlo.

Lourdes no deja de moverse porque está muy nerviosa. Sin pensarlo más, me acerco a ella.

-Lourdes, cariño, tienes que tranquilizarte, solo será un momento.

En un acto reflejo, tomo entre mis manos la suya y ella clava sus ojos en los míos. Entonces, sucede: a través de su mirada puedo percibir su sufrimiento y a través de sus manos puedo sentirlo. En estos segundos que parecen minutos de complicidad y ternura, su pulso se acompasa al mío y parece que, por la vía de la empatía, le transfundo la calma que necesita.

La doctora Martí me ha enseñado que algo tan sencillo y primigenio como el contacto físico genera una poderosa conexión médico-paciente, además de mitigar la ansiedad y humanizar el acto médico. Muchas veces, esta reflexión ni siquiera llega a plantearse en el diálogo interno del sanitario, pues la sola percepción del sufrimiento humano es suficiente para provocar la necesidad refleja de aliviar y dar consuelo.

Una vez acabado el mal trago, la enfermera me lanza una mirada de agradecimiento y sale de la habitación. Yo procedo a presentarme:

-Hola, soy estudiante de sexto de medicina y me envía la internista a hacerle a Lourdes la historia clínica, si no les importa.

-Por supuesto, mi madre y yo estaremos encantados de responder a todo lo que necesites. -Dice el hijo con mucha amabilidad.

Comienzo a formular mi completa batería de preguntas para a continuación auscultarla y explorar su abdomen y piernas. Por último, les explico brevemente los hallazgos de la exploración física y les manifiesto que toda la información que he recogido se la voy a dar a la doctora.

-¿Sabes? Mi hijo también estudia medicina, él está en cuarto. -Me comenta el hombre con orgullo. -Te deseo mucho ánimo, estás haciendo una labor preciosa y muy importante.

-Muchas gracias, espero que a su hijo le vaya muy bien, estoy segura de que será un buen médico. -Le sonrío y procedo a abandonar la habitación.

Entonces, la vocecita de Lourdes interrumpe un momento mi marcha:

-¿Mañana va a venir?

-Sí, Lourdes, mañana nos vemos.

-¿Y al otro?

-También vendré a verte. -Sonrío de nuevo. Normalmente no suelo tutear a las personas mayores, pero me produce tal ternura que no puedo evitar tener un trato más cercano con ella.

Al salir, cierro la puerta y me doy cuenta de que los quince minutos que he pasado en aquella habitación he olvidado la angustia que me produce el curso y he recordado, de nuevo, por qué estoy haciendo esto.

Encuentro a la dra. Martí saliendo de la sala de ordenadores, y cuando me ve, sonrío con los ojos.

-Cuéntame, ¿cómo está Lourdes? -Me pregunta cruzando los brazos y asintiendo inconscientemente con la cabeza, señal de que está poniendo los cinco sentidos en la información que voy a darle.

Le cuento con pelos y señales todos los datos que había recabado (incluyendo las dosis de la medicación, que siempre me olvido de ello).

-¡Fenomenal! ¿Y qué me dices de la exploración física?

-La paciente presenta buen estado general, sin aspecto séptico, bien perfundida. La auscultación cardíaca es arrítmica, pero sin soplos y la auscultación pulmonar anodina. En cuanto al abdomen, doloroso de manera difusa, pero especialmente en el hipocondrio derecho con Murphy positivo. No signos de TVP... ¡Ah! Y creo que tiene una sutil ictericia.

-Efectivamente. Con todos estos datos que me das, ¿cuál es tu sospecha clínica?

-Sospecho patología biliar, probablemente tenga el colédoco obstruido.

-¡Eso es! -Da unas palmaditas a modo de aprobación. -Mira, si te parece vemos a unos cuantos pacientes más y después vamos a echarle un vistazo.

Yo asentí. Naturalmente, la doctora tiene que ver a todos los pacientes independientemente de lo que le cuente cualquier estudiante, puesto que la responsabilidad médica al final es suya.

Dan las doce y media y yo tengo que marcharme a comer y a hacer mi evaluación continua antes de que empiece la clase de tres horas. No me da tiempo a ver a Lourdes con la doctora, pero mañana sí.

El día transcurre rápido, hoy he ignorado un poquito mejor la opresión que de vez en cuando me apresa el pecho. La evaluación continua ha ido bien a pesar de mi pesimismo y cansancio, incluso me encuentro motivada para leer unas páginas del Harrison e indagar un poco más en la patología que aqueja a Lourdes.

Al final de una tediosa tarde de estudio me acuesto y cierro los ojos. Los abro y suena el despertador. Me dirijo al hospital sin tener la sensación de haber descansado mucho, pero contenta gracias a las rotaciones con la dra. Martí.

La doctora me acompaña a la habitación y deja la situación en mis manos. Ella se apoya la pared y observa como me desenvuelvo con "mi paciente". Yo le cojo la mano a Lourdes de manera intuitiva mientras le hablo. La internista me pregunta los pasos siguientes para hacer y acto seguido la exploramos juntas. La satisfacción que siento después de ver a los pacientes y poner en práctica lo que aprendo en clase (y aquello que no se enseña en los libros) supera en demasía a mi ansiedad opresiva.

Pasan los días. Cada vez que voy a visitar a Lourdes me bajo la mascarilla unos instantes para que me reconozca, pues con tanta bata blanca circulando por aquí es normal que se desoriente. Sin embargo, creo que ella me reconoce por el tacto de mis manos, rugosas en la zona de los nudillos debido al frío y al gel hidroalcohólico.

Le explicamos que va a tener que aguantar unos días más, hasta que tolere la dieta y la medicación vía oral.

-Doctora, yo estoy a su completa disposición. -Asegura asintiendo con vehemencia mientras exploro un abdomen que ya me sé de memoria.

“Doctora”, vocativo que es música para mis oídos. No es la primera vez que me llama así y yo ya he desistido en mi empeño de volver a explicarle que aún soy estudiante de medicina.

-Gracias, eres una paciente muy buena. -Le respondo con afecto. Acto seguido me empieza a contar que hace ganchillo, que le encantan los torreznos y me insiste en lo guapo que es su nieto.

Cuando salimos de la habitación para completar el informe evolutivo, la doctora Martí me comenta que “nuestra abuelita” (así la llamamos desde un profundo respeto y con un gran cariño), tras la intervención quirúrgica, evoluciona favorable y sorprendentemente bien.

Tanto es así que, a los pocos días al volver hospital a primera hora, Lourdes ya no está. Resulta que le dieron el alta al día anterior estando yo en clase en la universidad. Siento bastante pena, pues me ha llegado al corazón y me habría gustado despedirme de ella. Supongo que la vida del médico es así, al final los pacientes que pasan por tus manos lo hacen de manera finita y cuando se

marchan solo puedes quedarte con el cariño que te han evocado para dar paso a otras personas que también te necesitan.

Sin embargo, un buen día recibo un mensaje de la doctora Martí pidiéndome que me pase por su consulta cuando me sea posible. Intrigada, bajo después de clase y espero a que salga el último paciente para entrar con ella.

Hay un paquete encima de su mesa y me insta a que lo abra, pues es para mí.

Con gran sorpresa descubro lo que el envoltorio esconde: unos guantes azul cielo de punto, a juego con mi fonendoscopio.

-Te los ha traído su hijo. -Me dice ella, con una sonrisa de oreja a oreja.

-Pero, no entiendo, ¿y esto por qué? -Pregunto, aún asombrada.

-¿No te dijo que hacía ganchillo? A veces los pacientes son muy agradecidos y tienen detalles muy bonitos con nosotros. -Me explica mientras yo me pruebo los suaves guantes. -Por cierto, viene con una nota.

Llena de ternura y profundamente conmovida, leo el papel:

“Para la doctora que me ha cuidado tan bien, cuídese mucho sus manos, que son mágicas”.

Y es de esta manera cómo mis manos no volverán a pasar frío, así como mi corazón y mi vocación, tampoco.

Irene Vera Yuste

Sexto de medicina